

Las potencias occidentales quieren acabar con Sudán

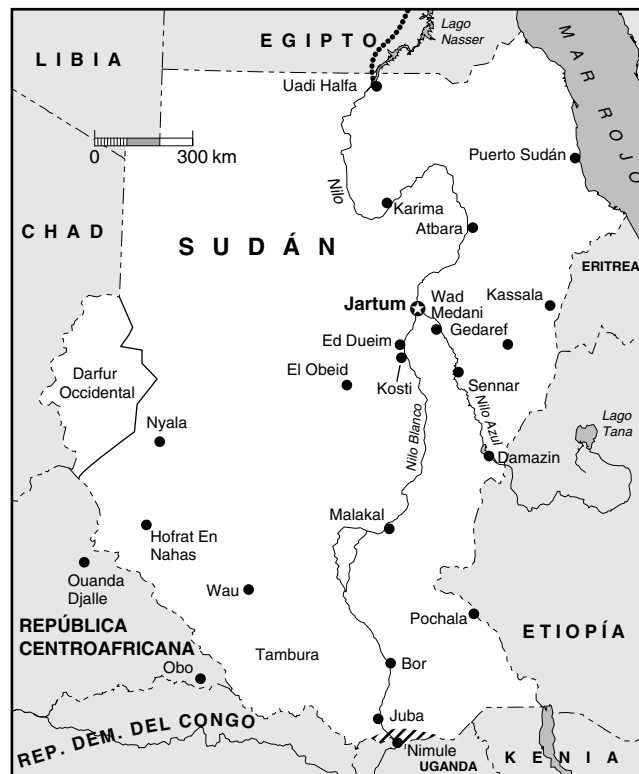
por Uwe Friesecke

El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas aprobó una resolución contra Sudán el 30 de julio, misma que culpa al gobierno de este país de ser el responsable del desastre humanitario que azota a su provincia de Darfur Occidental desde hace más de año y medio. Con la aprobación de la resolución, otros gobiernos, y miembros del Congreso de los Estados Unidos, exigen la imposición de sanciones, y hasta una intervención militar contra el Gobierno sudanés si no para la crisis. La situación empeora con la campaña de prensa emprendida contra el Gobierno sudanés, al que acusan de genocidio y de “limpieza étnica” en Darfur.

El Gobierno sudanés rechazó de tajo tajo las acusaciones y advirtió que el adoptar medidas militares tendría consecuencias incalculables. En una conferencia de prensa celebrada en Ankara, Turquía, el ministro de Relaciones Exteriores de Sudán, Mustafá Osmán Ismail, dijo que su país no espera la presencia de tropas estadounidenses en suelo sudanés, pero que “de hacer esto, los EU caerían en un caos como el de Iraq. El pueblo sudanés luchará contra los invasores. . . De ser atacados, tomaremos represalias”.

En julio, el Gobierno sudanés convocó a los embajadores de Alemania y Gran Bretaña en Jartum para protestar por la presión inapropiada que viene de Londres y Berlín. El ministro de Relaciones Exteriores alemán, Joschka Fischer, trató de sermonear al Gobierno sudanés durante una visita a Jartum, pero su homólogo sudanés lo paró en seco. En Gran Bretaña, el Gobierno de Tony Blair hizo que el jefe del Ejército, el general sir Michael Jackson, declarará que los británicos estaban dispuestos a enviar una brigada de 5.000 efectivos a la región de Darfur.

Entre tanto, la situación humanitaria de aproximadamente un millón de personas es catastrófica. Unas 200.000 personas han huido de los combates entre las diferentes facciones que luchan en Darfur hacia el vecino país de Chad, mientras que otros lo han hecho a los campos de refugiados que quedan en las inmediaciones de algunas de las ciudades más grandes en la misma provincia de Darfur. La movilización de la comunidad internacional resulta a todas luces imprescindible para ayudar a cubrir las necesidades urgentes de los refugiados, aprovechando las capacidades de las Naciones Unidas. Pero manipular esta crisis para seguir chantajeando



al Gobierno de Sudán, como lo hacen esos círculos occidentales, que presionan para que la ONU imponga sanciones, y hasta amenazan con una posible intervención militar, es jugar con fuego. Esto muy bien podría llevar a Sudán a un proceso de desintegración, parecido al que destruyó a Somalia hace 15 años. Las consecuencias para toda la región serían incalculables.

La crisis de Darfur

La raíces de la crisis en la región de Darfur, un territorio más grande que el de Francia, tienen su origen principalmente en las décadas de deterioro de la situación económica de una población en crecimiento. Durante la década de los 1980 la economía deterioró aun más debido a una sequía severa, la que forzó a los nómadas del norte a mudarse más al sur en busca de tierras de pastoreo para sus rebaños. De allí que las tensiones que han existido de antiguo entre los diferentes grupos de nómadas y agricultores agravaron de forma peligrosa. La región estaba lejos de la autoridad del Gobierno central, y las costumbres tradicionales, profundamente enraizadas, resultaban ser más importantes que los códigos legislativos del Estado.

En segundo término, diferentes facciones del vecino país de Chad y de las élites del mismo Sudán en Jartum, llevaron a cabo maniobras para intervenir a fin de conseguir sus propios propósitos. Por ejemplo, en 1990 Idriss Déby preparó en Darfur el golpe militar que dio en Ndjamena, con el cual obtuvo la Presidencia de Chad. Déby escogió a Darfur porque perte-

nece a la tribu Zaghawa, un grupo que vive tanto en Darfur como en Chad. En reacción a la usurpación del poder en Chad por los zaghawa, otros grupos huyeron de Chad a Darfur y comenzaron a formar milicias para combatir a la mayoría zaghawa. Este fue uno de los comienzos de las milicias *Yanyauid*. Sin embargo todas estas poblaciones son de religión musulmana. La diferencia entre ellas resulta ser más de cultura y tradición que de etnia y religión. La descripción corriente, de que este conflicto en Darfur es entre los árabes del norte (nómadas y las milicias *Yanyauid*) y los africanos de más al sur (campesinos y rebeldes antigubernamentales), de inmediato cae de su propio peso si uno considera que los dirigentes más prominentes de los dos grupos rebeldes, el Ejército de Liberación de Sudán (ELS) y el Movimiento por la Justicia y la Igualdad (MJI), son ambos seguidores de Hasán Turabi. El fundador y presidente del MJI Jalil Ibrahim, es un ex ministro de Estado que tomó el lado de Turabi cuando éste rompió con el presidente sudanés Omar al Bachir en 2002.

La presente crisis en Darfur es el resultado de la intervención activa del Ejército Popular de Liberación de Sudán (EPLS) que encabeza John Garang, quien durante las décadas del conflicto en el sur de Sudán trabajó en aras de los intereses geopolíticos angloamericanos. Según informes del Grupo de Crisis Internacional (GCI) de Bruselas, el EPLS adiestró a 1.500 darfurianos cerca de Rajá, en Bahr el Ghazal, al sudoeste de Sudán en marzo de 2002. Estos constituyeron el núcleo de los jóvenes combatientes militares que atacaron las instalaciones gubernamentales en febrero de 2003. La primera declaración política del ELS, el 13 de marzo de 2003, fue redactada por activistas exiliados de Darfur y dirigentes del EPLS. El presidente del ELS Abdel Wahid, sostuvo una reunión oficial con John Garang en Asmara, Eritrea, el pasado mes de abril.

Aun cuando Garang ha negado estarle suministrando armamento al ELS, según los informes del GCI, el EPLS le ha estado entregando suministros tanto al ELS como al MJI, mismos que llegan a través de Chad, desde Uganda y Kenia. El ELS también cuenta con el apoyo de Eritrea.

Esto significa que la crisis en Darfur no fue resultado de ningún levantamiento espontáneo de un grupo de la población contra las injusticias del Gobierno, o de los africanos contra los árabes, como alegan la mayoría de los órganos de difusión. La operación militar emprendida por los rebeldes del ELS en febrero de 2003 había sido planeada con un año de anticipación, como parte de la más amplia estrategia angloamericana de los patrocinadores de John Garang y el EPLS. Hay que añadir la amenaza de secesión de Darfur del Sudán; el EPLS ha venido esgrimiendo la amenaza de la secesión del sur durante los últimos 20 años. A fin de subrayar esto, los rebeldes del ELS pusieron como condición previa a negociar con el Gobierno el retiro de todas las tropas gubernamentales de Darfur, y cuando el Gobierno rehusó hacerlo, el ELS se retiró de una reunión que iba a celebrarse en julio en Addis Abeba, la capital de Etiopía.



Lyndon LaRouche (izq.) visita la tumba del Mahdi en Sudán, el dirigente que creó las bases de un Estado centralizado en ese país en el siglo 19.

Un movimiento de pinzas contra Jartum

Ni John Garang y su EPLS, ni Eritrea, ni Uganda podrían haber fomentado la rebelión de Darfur contra Jartum sin la intervención activa de las potencias angloamericanas. Desde el 2001, el Gobierno de Bush viene tratando de imponer la paz en Sudán a contrapelo de décadas del viejo conflicto existente en el sur de dicha nación. Los EU y la diplomacia británica han persuadido al Gobierno del presidente Al Bachir a entablar negociaciones de paz en Kenia bajo los auspicios de la Agencia Intergubernamental para el Desarrollo (AIGD). Le han extorcionado una concesión tras otra al equipo de negociadores del presidente Al Bachir. La amenaza era que Garang podría renovar su ofensiva militar en el sur, con pertrechos y el apoyo total de los Estados Unidos, Gran Bretaña, y la Uganda del presidente Yoweri Museveni.

A despecho de esto, hubo resistencia en los círculos del presidente Bachir en Jartum. A mediados de 2003 reemplazó

al jefe del equipo de negociación en Kenia, el doctor Ghazi Salaheddin Atabani, asesor presidencial especial para la paz, con el vicepresidente Ali Osman Taha. El estallido de la rebelión de Darfur en febrero de 2003 amenazó a Jartum con una guerra en dos frentes, y gracias a Eritrea y a la conexión del ELS con el Congreso de Beja, un grupo rebelde en el este de Sudán, hasta con una guerra en tres frentes. Además estaba la lección obvia que implica la invasión a Iraq, por lo que el Gobierno de Bachir no vio otra alternativa que acceder a casi todas las demandas que le hicieron en lo relacionado con la paz en el sur.

El acuerdo negociado entre el Gobierno de Bachir y el EPLS de Garang, el que supuestamente sería firmado pronto en Washington en presencia del presidente George W. Bush, establecería a John Garang como vicepresidente en Jartum, y le otorgaría amplios poderes sobre la política de todo el Sudán, poderes mayores que los que obtendría el Gobierno central en el sur.

John Garang pertenece al grupo de ex dirigentes guerrilleros radicales que han ascendido al poder en los últimos 18 años como los nuevos líderes de África. Los más prominentes de ellos, los presidentes Museveni de Uganda, Paul Kagame de Rwanda e Isafas Afeworki de Eritrea, han trocado de ser marxistas radicales para convertirse en los más fanáticos partidarios de la ideología del libre mercado del FMI y del Banco Mundial. Han venido a ser una versión de las marionetas del cambio geopolítico del poder en África, que las potencias angloamericanas han organizado en beneficio propio.

A Sudán había que someterla por dos razones: una, el petróleo; y segunda, el agua del Nilo. Hasta ahora las empresas norteamericanas estaban excluidas de los lucrativos tratos petroleros disponibles en Sudán, con reservas totales calculadas en 2 mil millones de barriles. Los principales actores de la industria petrolera de Sudán son la Corporación Nacional del Petróleo de China, Petronas de Malasia, Talisman Energy de Canadá, la Gulf Petroleum Corporation de Qatar, Ludin Oil de Suecia y la empresa francesa Total Fina Elf. El pasado 25 de julio fue firmado un nuevo paquete de inversiones de 1,7 billones de dólares para la exploración de nuevos campos petroleros en el sur, así como para la construcción de un nuevo oleoducto hacia el mar Rojo. Esta vez, empresas británicas y rusas también participaron en el acuerdo. Una vez entre en vigencia el tratado de paz de Kenia, estos lucrativos acuerdos petroleros podrían incluso extenderse a empresas estadounidenses.

Pero desde el punto de vista estratégico, algo aun más importante podría ser la cuestión del agua del Nilo. En Jartum confluyen el Nilo Blanco y el Azul para constituir el salvavidas de Egipto. En meses recientes la presión angloamericana condujo a Etiopía, Kenia, Uganda y Tanzania a poner en tela de duda los viejos tratados que mantenían con Egipto sobre el Nilo. Desde el poder en Sudán, Garang podría alinearse con este grupo, y estar dispuesto a que lo usen las potencias

angloamericanas a fin de efectuar nuevos chantajes contra Egipto.

En enero de 2001 le advirtieron al Gobierno sudanés que no recibiría un mejor trato del Gobierno de Bush en Washington que el que le dio el anterior Gobierno de Clinton.

El entonces precandidato presidencial estadounidense Lyndon LaRouche fue el orador principal en el seminario "Paz Mediante el Desarrollo del Valle del Nilo, en el Marco de un Nuevo Orden Económico Justo", organizado por el Instituto Schiller, le revista *EIR* y el Instituto de Estudios Estratégicos de Sudán, del 14 al 17 de enero de 2001. En dicho seminario, LaRouche le advirtió a su público sudanés de las intenciones geopolíticas del nuevo Gobierno de Bush. Pero algunos de los participantes sudaneses estaban todavía tan enojados con la política de Bill Clinton hacia Sudán, que insistieron en que las cosas podrían funcionar con el nuevo equipo de Bush. Trágicamente, las advertencias de LaRouche fueron confirmadas por completo por los sucesos de Darfur.

La crisis en Darfur confirma una vez más la naturaleza cínica de la política de Occidente hacia África. En primer lugar, por décadas las instituciones financieras internacionales, encabezadas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, obstaculizaron el desarrollo de Sudán, Chad y otros países de la región. De allí que los conflictos sociales y políticos resultaran inevitables. Estos conflictos fueron azuzados entonces con el suministro dirigido y sin trabas de armamento. Las potencias occidentales, a través de los órganos noticiosos, definen estos conflictos como de origen étnico o religioso, y los manipulan para sus propios intereses geopolíticos. Cuando estos conflictos salen de cauce, entonces usan la crisis humanitaria como pretexto para declarar que esos países son "Estados fallidos", y presionan para forzar un "cambio de régimen". Según este modelo, Occidente, y principalmente las potencias angloamericanas (sin que Francia las desafíe), cargan con la mayor parte de la responsabilidad por las guerras desatadas en África en los últimos 15 años, en Uganda, Ruanda, Burundi, el Congo, el oeste de África y el sur de Sudán.

La crisis que intensifica en Darfur es sólo el último ejemplo de esto. Facciones de la élite en Jartum podría aprovechar esta crisis para sus propios juegos de poder. Pero el gobierno de Al Bachir no inició el conflicto. De hecho, trató de llevar a la práctica el tratado que firmaron el ministro de Relaciones Exteriores Ismail y el secretario general de la ONU Kofi Annan el 3 de julio, con el propósito de desarmar a la milicia *Yanyauid*, y de mejorar el acceso humanitario a los campos de refugiados. Y el propio Gobierno ha solicitado la ayuda de la Unión Africana.

La acusación de genocidio no aplica al Gobierno de Sudán. En cambio, ésta debiera dirigirse contra aquellos en Occidente que están implicados en la manipulación geopolítica de África, tal como sucedió hace 14 años en Ruanda, y más tarde en el Congo.